

## EL CONSUELO DE LOS ESPACIOS ABIERTOS

ESTAMOS EN MAYO Y ACABO de despertar de la siesta, enroscada en los matorrales de artemisa como me enseñó a dormir mi perro, al resguardo del viento. Un frente descarga el cielo inmenso sobre mí y un granizo procedente de la oscuridad me golpea en la cabeza. Estoy arreando un rebaño de dos mil ovejas a través de un tramo de las *badlands* de Wyoming, un trayecto de ochenta kilómetros que se tarda cinco días en recorrer porque las ovejas se guarecen del sol y no se mueven hasta que refresca. Una vez agrupadas, se ponen a correr excitadas por la tormenta y van a la deriva a través de los campos secos, cayendo en cascada por las hondonadas y resurgiendo en las irregulares mesetas escarpadas que son los basamentos de este estado.

El nombre de Wyoming viene de un vocablo indio que significa «en las grandes llanuras», pero esas llanuras son en realidad valles, grandes valles áridos de cuatro mil kilómetros cuadrados, con el horizonte plegándose por todos lados en cadenas montañosas que confieren a la inmensidad un aire hospitalario.

Aquí el invierno dura seis meses. Los vientos dominantes esparcen los ventisqueros hacia el este y las nuevas tormentas del noroeste los vuelven a formar. A veces, mirar esa

mole blanca provoca mareos o incluso náuseas. A treinta, treinta y cinco o cuarenta grados bajo cero, no solo no arranca el coche, sino que la cabeza o el cuerpo tampoco responden. El paisaje cristaliza en un calabozo de espacio. Durante el invierno, mientras iba a caballo buscando a un ternero recién nacido, se me pegaron los pantalones a la montura, y en el silencio que nace de ese frío me sentí como si fuera la primera persona en la Tierra, o la última.

Hoy ha salido el sol, solo ondean algunas nubes. Hacia el este, por donde las ovejas se han puesto en marcha sin mí, los bancales se recuestan en los páramos de tierra roja, aplanados en la cumbre por la erosión de un millón de años de agua; detrás de ellos, una audaz línea de escarpaduras vigorosas se eleva tres mil metros para convertirse en las montañas del Big Horn. En el suelo está grabado un patrón de mareas, como si lo hubiera dejado el mar que un día recubría la región. Los cañones se curvan hacia abajo como galaxias para encontrarse con el alud de la llanura.

Vivir y trabajar en un territorio de campos abiertos como este, donde la vista abarca cientos de kilómetros, es perder la distinción entre primer plano y plano de fondo. Cuando le pedí a un anciano jornalero que describiera la amplitud de Wyoming, dijo: «Es un puñado de nada –viento y serpientes de cascabel– y muchas veces no es posible saber adónde vas o de dónde vienes, y tampoco importa mucho saberlo». John, un pastor de ovejas que conozco, es alto y guapo y de temperamento explosivo. Tiene una intuición perfecta en lo que respecta a ovejas y hombres. Lo llaman «Bolsillosaltos», por sus largas piernas. Su elegante zancada va acorde con las distancias que tiene que cubrir. John dice: «No me perturban en absoluto los espacios abiertos, sino la gente que se mueve en ellos». El rancho enorme en el que nació ocupa gran parte de un condado y se extiende hasta otro estado; no es algo infrecuente hacerle ciento cincuenta mil kilómetros a la *pick-up* sin salir de casa. Un amigo tiene una tía

que llevaba un rancho en Powder River y no salió de allí en once años. Cuando murió su marido se mudó al pueblo, se compró un coche y condujo por todo Estados Unidos para ver lo que se había perdido hasta entonces.

Casi todo el mundo me dice que pasa de largo Wyoming como si no hubiera nada por lo que valiera la pena parar. A no ser que vayan a esquiar a Jackson Hole, un lugar que los wyominguitas toleran a regañadientes porque su verdor y su elegante clientela contrastan con el resto de la región. La mayor parte de Wyoming parece más bien una cuadra. En lugar de espaciosos graneros y casas victorianas, hay refugios, cobertizos, cabañas de madera, campamentos de ovejas y vallados que parecen troncos que hubieran salido volando y hubieran caído aleatoriamente. Las gentes de aquí se sienten orgullosas de vivir en un sitio tan hostil y ser parte del pasado glamouroso de los vaqueros, y están decididas a no ser víctimas de un porvenir dominado por la industria minera.

La característica principal de este paisaje es la que eufemísticamente describiría un vendedor de casas como «naturaleza autóctona en la puerta de tu casa», refiriéndose a arbustos secos de chamiza, serpientes, liebres, tábanos, polvo rojo, un pequeño respiro de flores silvestres, arroyos secos y ningún árbol. En las Grandes Llanuras el paisaje es como música, como un Kyrie de praderas, pero Wyoming parece la obra de un arquitecto demente: desmoronada y retorcida, adornada con cintas de colores desvaídos y mortecinos, emergida y derruida como si hubieran sacado a esta región de un sueño profundo y la hubieran arrojado a la luz cristalina.

Hace cuatro años que llegué aquí. No había planeado quedarme, pero no me pude marchar. John, el pastor, me puso a trabajar de inmediato. Era primavera, la temporada de esquila. Durante catorce días y catorce horas cada día, llevamos a los corrales a miles de ovejas para esquilarlas, marcarlas y desparasitarlas. Supongo que el motivo inicial

por el que vine a este lugar era el de «perderme» en nuevos territorios despoblados. En vez de provocar el aletargamiento que yo creía ansiar, la vida de los ranchos de ovejas me despertó. La vitalidad de la gente con la que empecé a trabajar hizo surgir en mí una frescura embriagadora. Tiré la ropa que tenía y me compré otra nueva; me corté el pelo. Esa tierra árida era una hoja en blanco. Su absoluta indiferencia me apaciguaba.

La maleza de artemisa cubre ciento cincuenta mil kilómetros cuadrados del territorio de Wyoming. La ciudad más grande tiene cincuenta mil habitantes y solamente hay cinco poblaciones en todo el estado dignas de llamarse ciudades. Lo demás son pueblos, desperdigados por la región y separados entre ellos por hasta cien kilómetros, con poblaciones de dos mil, cincuenta o diez personas. Tienen un aspecto difuminado, encaramados a un bancal estéril azotado por el viento, o enganchados a un río o a un ferrocarril, o directamente dispuestos en un valle agrícola con almacenes de aperos y una iglesia mormona de una manzana de largo. En la parte oriental del estado que se desliza hacia las Grandes Llanuras, los nuevos asentamientos mineros son pueblos en auge, ciudades de caravanas, nudos de metal en la planicie.

A pesar de su apariencia desoladora, vivir en esta región tiene algo de acogedor. Hay tan poca gente (solo cuatrocientas setenta mil personas) que los rancheros que compran y venden ganado se conocen unos a otros a lo largo y ancho de la región; los chavales que deciden ir a la universidad van a la única que hay en Laramie y los asalariados trabajan por todo Wyoming en una vida de continuas contrataciones y despidos. Y pese a la separación física la gente no pierde el contacto y a menudo conducen dos o tres horas para ir a cenar a otro rancho.

Hace setenta y cinco años, cuando se viajaba a caballo o en carruaje, los vaqueros que se quedaban temporalmente sin trabajo iban buscándose la vida de rancho en rancho

ordeñando vacas o arreglando vallas a cambio de cama y comida. Los cotilleos y mensajes viajaban con ellos a través de este lento circuito, lo que creaba cierta intimidad entre rancheros que vivían a tres o cuatro semanas de distancia. Una pareja de ancianos que conozco, cuya casa de principios de siglo fue usada para repostar por una banda de ladrones de caballos, recuerdan que cuando uno iba viajando, fuera o no forajido, cualquier rancho iluminado era una señal de bienvenida. Incluso hoy, para alguien que vive en un lugar remoto, es motivo de celebración llegar a un rancho o venir al pueblo a por provisiones. Salir a la luz después del aislamiento te puede desorientar. Todo se ve brillante, nuevo, real. Después de pasar apenas tres días con las ovejas, me puso nerviosa el sonido de la *pick-up* del encargado del campamento. Anhelante de compañía humana sentí cómo me subía una sonrisa tonta a la cara y al mismo tiempo tuve que luchar contra la tentación imperiosa de huir y esconderme.

Las cosas suceden de repente en Wyoming, como el paso de las estaciones y el cambio de tiempo o las violentas oscilaciones que suponen para las personas entrar y salir del aislamiento. Pero la buena disposición acompaña a la inclemencia. La amabilidad es una tradición. Los forasteros se saludan con la mano al pasar por la carretera. Es frecuente ver dos *pick-ups* paradas una al lado de la otra en un prado o en un camino de tierra que serpentea a través de la salvia. Los conductores compartirán un cigarro, abrirán los termos y se pasarán por la ventanilla una maltratada taza de café humeante. En esas reuniones se intercambian detalles de varias generaciones porque en Wyoming la vida privada pertenece al dominio público.

Puesto que el trabajo de los ranchos supone un esfuerzo físico, y en estos días también económico, estar «en tu hogar ranchero» es una cuestión de vigor, autosuficiencia y sentido común. La vida de una persona no es una serie de acontecimientos dramáticos por los que se le aplaude o exilia, sino

una lenta acumulación de días, estaciones y años, que se encarna en el peso generacional de la familia y se ancla en un sentido de pertenencia a la tierra.

En la mayor parte de Wyoming, el número de animales supera con creces al de humanos. Al meterme por un valle estrecho sorprendí a una manada de doscientos uapitíes no muy lejos de mi pueblo de cincuenta habitantes. Las águilas parecen personas diminutas cuando se comen a los ciervos atropellados en la carretera. Los berrendos que se mueven en pequeños y gráciles grupos viajan a cien kilómetros por hora con la boca abierta, como si estuvieran bebiendo en el vacío.

La soledad en la que viven hace tranquilas a las gentes del Oeste. Comunican lo que piensan y sienten por la forma en la que inclinan la cabeza y escuchan, bajando sus Stetson<sup>1</sup> sobre los ojos o cruzando una bota sobre la otra, apoyándose en una valla con un buen trozo de tabaco Copenhagen bajo el labio inferior mientras asimilan la situación. Esas miradas distantes, ligeramente divertidas, a veces provienen del cinismo, aunque también pueden llegar de una humildad contenida tan lúcida como el aire puro.

Las conversaciones suenan a algo parecido a un código privado; unas pocas frases llevan implícito un conjunto de significados. Cuando preguntas por una dirección te sueltan una curiosa retahíla de detalles. Mientras arreaba a las ovejas me dijeron: «Sube hasta la roca que está como volcada, sigue por el riachuelo rosa, tuerce a la izquierda en el basurero y ahí ya ves la charca». En la recogida del ganado un amigo le dijo a su mujer: «Gira en el salegar y en la vaca muerta», que resultó ser un montón de huesos y nada parecido a un salegar.

1 El *Stetson* es el icónico sombrero vaquero del fabricante de sombreros John B. Stetson Company. (*N. de la T.*)